

Nuestras siete mezquinas maravillas.

Hasta el umbral de esta morada en tanto,
 Por mirarle llegar, la planta mueve
 Un anciano, que blanca cual la nieve
 Túnica muestra so purpúreo manto.
 Cano el cabello, luenga, espesa y cana
 Su barba encubre, no una faz humana,
 Sino la faz de un ángel ó de un santo.

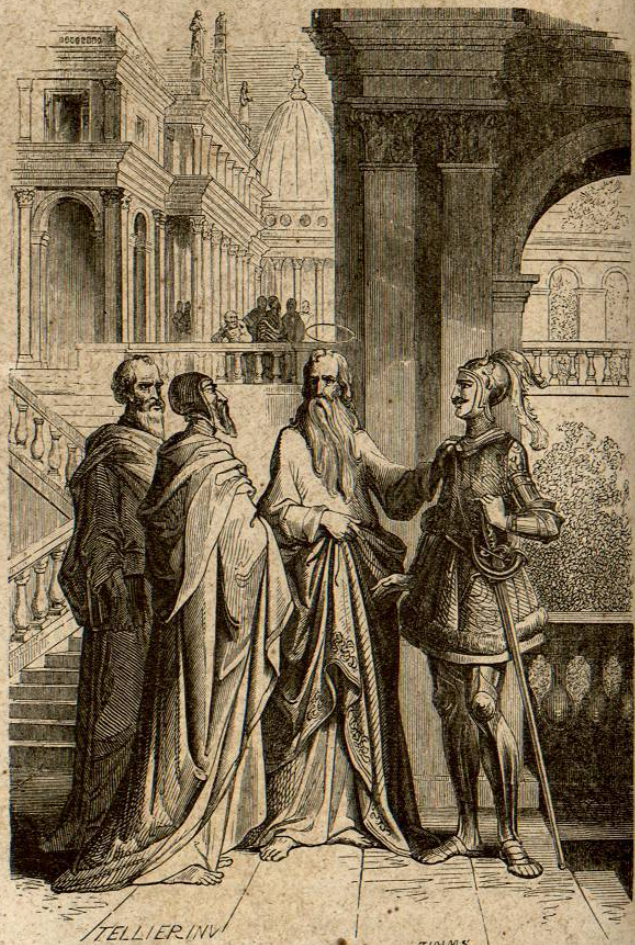
Con gesto afable al paladin britano,
 Que baja del corcel, se acerca y dice:

« ¡Oh guerrero felice,
 « A quien de Dios el dedo soberano
 « Al paraiso terrenal condujo!
 « Sabe que alto misterio,
 « De que la causa ignoras ó el influjo,
 « Por desusadas sendas
 « Te guia desde el ártico hemisferio,
 « A fin de que por mi conducto aprendas
 « Como salvar de su peligro puede
 « Tu brazo á Carlos y á la Santa Sede.
 « A tu audacia, á tu esfuerzo no atribuya
 « Tu soberbia una gloria que no es tuya,
 « Que tu trompa, tu ardor, tu bestia alada,
 « Sin la celeste voluntad, son nada.
 « De esta en tiempo oportuno
 « Hablaremos. Agora es mi deseo
 « A tu espíritu dar algun recreo,
 « Y romper de tu cuerpo el largo ayuno.»

Continuando el venerable anciano,
 De asombro llena al príncipe britano
 Diciéndole: « A tu vista
 « Tienes, oh Astolfo, á Juan evangelista.»

Este en efecto era el apóstol caro
 Al Redentor, el mismo cuya vida
 Eterna reputaron sus hermanos,
 Que si bien Cristo, cuando á Pedro dijo:
 « No así te inquiete el ver que á Juan elijo
 « Porque de nuevo aguarde mi venida, »

CONSERVADO EN MATERIA
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 ALFONSO DE LIS
 1888



Astolfo presentado por S. Juan á Elias y Enoch. (T. II, p. 239.)

De su inmortalidad no habló, bien claro
Se infiere aquello que decirle quiso.

Arrebatado Juan al paraíso,
Allí se vió bien presto en compañía
De Elias y de Enoch, que, de la tierra
Léjos del aire inmundo y pestilente,
Las delicias que encierra
Su mansion gozarán hasta aquel día
En que, al son de la angélica trompeta,
Sentado en blanca nube, manifieste
Su aterradora faz el Juez céleste.

Benévola acogida en esta estancia
Dan los Santos á Astolfo. Al Hipogrifo
Cebada en abundancia
Presentan, y al guerrero, en mesa rica,
Frutos mil de sabor tan delicado,
Que al probarlos concibe y justifica
De nuestros padres el primer pecado.

Ya de la aurora el viejo y caro esposo
Abandonaba el lecho,
Cuando en cómoda estancia satisfecho
Con opipara cena y con reposo
Habiendo á la natura, venturoso
Se levanta el inglés, y á poco rato
Al Discipulo encuentra á Dios tan grato.
La mano Juan asiéndole, y mil cosas
Secretas revelándole, le dijo:

« Sin duda ignoras, hijo,
« Bien que llegas de allí, sucesos graves
« Que el suelo franco ve. Quizá no sabes
« Que, apartándose Orlando del camino
« Que trazado le fué, sufre hoy la pena
« A que el rigor divino
« (Mayor cuanto mas ama) le condena.
« Orlando, á quien, cual á Sanson, el cielo
« Con estupenda gracia
« Haciendo invulnerable, esfuerzo raro
« Unido concedióle á grande audacia,

« Porque gloria y amparo
 « De su fe sacrosanta fuese un día;
 « Orlando, digo, con conducta impía
 « Los celestes favores ha pagado,
 « Y á su pueblo, á su Dios ha abandonado
 « Cuando su apoyo mas se requeria.
 « A extremidad tan triste le redujo
 « Dama infiel, que le inspira
 « Pasion funesta, y que excitando su ira,
 « A dar muerte á su primo le condujo
 « Dos veces ya. De tan culpable exceso
 « En castigo el Señor de tal manera
 « Le ha trastornado el seso,
 « Que á nadie conociendo, ni á sí mismo,
 « Desnudo corre el misero al abismo:
 « No de otro modo dicese que al rey
 « Nabucodonosor el cielo airado
 « Condenó á que encorvado,
 « Por siete años, paciese como un buey.
 « Mas, menor que el del rey de Babilonia
 « Del caudillo de Anger siendo el pecado,
 « El cielo, con piadosa parsimonia,
 « Su castigo á tres meses ha fijado,
 « Y aquí te guia con el solo objeto
 « De que por retornar á Orlando el seso
 « Te muestre yo el antidoto secreto.
 « Verdad es que para eso
 « Conmigo el suelo es fuerza que abandones,
 « Y á las altas regiones
 « De la luna te elevas, do se encierra
 « Este remedio, el único propicio
 « Para curar la pérdida del juicio.
 « Cuando esta noche encima á nuestras frentes
 « Brille la luna, hácia ella nuestra via
 « Empezaremos. » De esta y diferentes
 Cosas habla el Apóstol todo el día.
 Del sol en fin ocúltase la lumbre;
 La luna en medio á silenciosa noche

El corvo disco eleva; y su costumbre
 De recorrer los cielos
 El Apóstol siguiendo, el áureo coche
 Apresta sobre el cual, desde la cumbre
 Del monte de Judea, en otros días
 Fué de este mundo arrebatado Elías.

Cuatro corceles, rojos mas que el fuego,
 Unce á su carro el santo Evangelista.
 De Astolfo al lado, en él, se sienta luego,
 Y con carrera lista,
 El viento hendiendo, pasa
 A la atmósfera ardiente, y con su vista
 Calma el volcan que esta region abrasa.

Su carro allí de nuevo el Santo engancha
 Por dirigirse al reino de la luna,
 Fúlgido cual acero que no mancha
 Extraño cuerpo ó imperfeccion alguna,
 Y en dimension igual, ó poco ménos,
 Al globo de la tierra,
 Comprendiendo á la mar que en él se encierra.

Doble sorpresa allí siente el guerrero.
 Atónito primero
 Al ver de cerca la extension inmensa
 Del astro en que el habitador del mundo
 Breve círculo ver tan solo piensa,
 Nota despues con estupor profundo
 Que discernir su vista puede apénas
 Nuestra tierra remota,
 Que en el espacio, entre tinieblas, flota.
 Del terrestre diverso,
 Entero allí contempla un universo,
 De montes, valles, campos, lagos, rios.
 Allí ciudades, casas y palacios
 De gigantescas proporciones vense,
 Y bosques dilatados y sombríos,
 Do perseguidas son á todas horas
 Las fieras por sus ninfas cazadoras.

Astolfo, que no vino

Alli por contemplar tales objetos,
 Prosigue su camino
 Al lado del intérprete divino.
 Un valle este le muestra
 Entre dos montes donde por encanto
 Reunido hállase cuanto
 Se pierde, ya por negligencia nuestra,
 Ya por culpa del tiempo ó del acaso.

No hablo solo de imperios ó tesoros
 Que quita y da versátil la fortuna,
 Sino tambien de aquello
 Sobre lo cual no tiene influencia alguna.
 Allí por la carcoma del olvido
 Devorados se ven ilustres nombres,
 Y tanto ruego por culpables hombres
 Al cielo inútilmente dirigidos.

De enamoradas gentes
 Los suspiros ardientes
 Y las lágrimas vense en esta estancia.
 Vese el tiempo que pierde la ignorancia,
 Y de agitados pechos
 La inquietud y el afan no satisfechos.
 En suma, cuanto bien, cuanta delicia
 En nuestra tierra el hombre desperdicia.

Mientras, haciendo preguntas á su guia,
 Por allí sigue el paladin su via,
 Alta montaña de vejigas nota
 Que interno ruido insólito alborota.
 « Esas, » dicele el Santo, « son diversas
 « Coronas griegas, árabes y persas
 « Que, en otro tiempo admiracion del mundo,
 « En el olvido hoy yacen mas profundo. »

De plata y oro el príncipe britano
 Los anzuelos ve luego, con que en vano
 Espera el pueblo conseguir favores
 De interesados reyes y señores.
 Los lazos ve que, envueltos entre flores,
 La adulacion á la soberbia tiende,

Y los versos en que locuaz cigarra
 Virtudes mil, que desconoce, narra.

Allí de amores mal recompensados
 Nudos de oro y de perlas son emblema.
 Garras de halcon figuran la suprema
 Autoridad de altivos potentados.
 De hinchdos fuelles vense gruesos haees,
 Símbolo del favor que á sus secuaces
 Los monarcas dispensan ó retiran.
 Entre tesoros, por allá se miran,
 Yaciendo en tierra, alcázares y villas.
 Cuya ruina han causado las rencillas,
 Los pérfidos tratados
 Y de motin los planes abortados.

Con rostro de doncellas
 Allí se ven dragones,
 Obra de monederos y ladrones.
 De quebradas botellas
 Vense tambien descabalados juegos,
 Símbolo de cuitados palaciegos.
 « ¿Qué significa aquel inmenso lago
 « Que de esparcida sopa allí barrunto? »
 Dice Astolfo al Apóstol, y este al punto
 Así responde: « Son los donativos
 « Que á pobres ó cautivos
 « Lega de cuando en cuando algun difunto. »

Luego un gran monte advierte, cuyas flores,
 De rico olor un tiempo, agora hieden.
 Este era (si es que pueden
 Tales cosas decirse) el don extraño
 Que hizo á Silvestre Constantino antaño.

De varitas de liga á Astolfo muestra
 El Santo un haz inmenso,
 Símbolo, ¡oh damas! de la gracia vuestra.
 Mas imposible pienso
 Enumerar cuantos objetos vido
 El paladin allí. Quanto en la tierra
 Existe ó falta en fin advierte, ménos

La locura, que nunca
 De nuestro mundo abandonó los senos.
 Bajo formas diversas,
 Que le explica el bondoso Evangelista,
 Todas sus obras malas á la vista
 Del paladin allí yacen dispersas.
 Y ante sus ojos se presenta en esto
 Un monte, harto mayor que todo el resto,
 De aquello que al Señor nunca pedimos,
 Pues jamas, si nos falta, lo advertimos.
 Del juicio quiero hablar, que, semejante
 Al éter que evaporase al instante,
 Con el mayor cuidado
 Se halla en miles de empollas encerrado.
 En la mayor de todas del de Anglante
 Se hallaba la razon, y en conocella
 No tarda Astolfo, cuando
 Sobre ella escrito ve: *Juicio de Orlando*.
 Y de la misma suerte
 En las demas mil nombres nota escritos.
 De su nacion, no sin sorpresa, advierte
 Gran parte allí, y el nombre de infinitos
 Personajes de fama y de valía,
 A quienes llenos de razon creia,
 Y de quienes contempla estupefacto
 En aquel sitio el juicio casi intacto.
 Cual lo perdió buscando los honores,
 Cual por la mar buscando la fortuna,
 Este sirviendo á ingratos protectores;
 Cual de la magia en medio á las visiones.
 A aquel privó de seso ansia importuna
 De cuadros ó de joyas; sus pasiones
 Robáronlo á otros muchos. De sofistas,
 De astrólogos en fin, y de poetas,
 Los nombres vense en prolongadas listas.
 El duque, con licencia
 Del autor del oscuro Apocalipsis,
 Su frasco coge; el juicio y experiencia,

Oliéndolo, recobra; y asegura
 Turpin que fué un modelo de prudencia
 Por largo tiempo Astolfo, hasta que el seso
 A trastornarle vino nuevo exceso.

El frasco mas capaz, aquel en donde
 La perdida razon está del conde,
 Y del cual es considerable el peso,
 Cogiendo el duque, el vuelo se dispone
 Hacia la tierra á dirigir; mas ántes
 Que aquel recinto espléndido abandone,
 Le conduce el Apóstol á una torre
 En torno á la cual corre
 Un caudaloso rio. En esta estancia,
 De diversos colores por do quiera
 Se ven en abundancia
 Ovillos de algodón, de seda y lana.
 En la sala primera
 De este palacio una mujer anciana
 En torno de rueca los devana,
 Cual de recién humedecida seda
 Los hilos la zagala desenreda.

Agotado un ovillo, otro al instante
 Otra mujer á darle se apareja.
 Otra el color oscuro del brillante,
 En distinta madeja,
 Separa cuidadosa. Al Patriarca
 Dice Astolfo: « El misterio que se esconde
 « Aquí no alcanzo. » El Santo le responde:
 « Cada cual de esas tres es una Parca,
 « De quien hilan las manos
 « La vida de los míseros humanos. »

Cuanto dura un ovillo, tanto dura
 Exactamente del mortal la vida.
 Atenta, inexorable, la natura
 Nunca exceder le deja esta medida.
 Una de estas tres Parcas, con esmero
 Separando los hilos mas delgados
 Para servir de adorno al paraíso,

Lazos con el estambre mas grosero
Forja á los infelices condenados.

De todos los ovillos que en el huso
A otro objeto se hallaban destinados,
De aquel para quien son el nombre puso
La Parca en letras de oro, y plata y hierro.
Luego en varios montones los dispuso,
De donde sin cesar los conducia
Un anciano á otra parte todo el dia.

Los pliegues de su manto
De ovillos y de nombres este henchia,
Sin jamas un instante estarse quieto.
Por donde andaba y con que fin, prometo
Narrar en otro canto,
Si con vuestra habitual benevolencia
Os place dar á mi discurso audiencia.

CANTO XXXV.

Elogio de los escritores y de los poetas puesto en boca de S. Juan.
— Encuentro de Bradamante y de Flordelis. — Rodomonte
vencido por Bradamante. — Esta guerrera, despues de haber
derribado á varios jefes sarracenos, pide que le permitan
combatir contra su amante.

¿Quién, quién podrá, dulce señora mia,
Restituirme el juicio,
Que me va abandonando desde el dia
En que ese rostro ví bello y propicio?
Mientras este estado no se agrave, empero,
Sin proferir un ay, sufrirlo quiero;
Mas si, cual hasta aquí, sigue aumentando,
Temo bien pronto asemejar á Orlando.

Por recobrar mi juicio no es preciso,
A lo que juzgo, de la noche al astro.
Por los aires subir ni al paraíso.
En esa faz de cándido alabastro,

En esos bellos ojos lo divisó,
Y, siguiendo su rastro,
Tal vez de dicha lleno,
Mi labio ya por ese ebúrneo seno.

En el inmenso alcázar, contemplando
Futuras vidas, el breton caudillo
Un hilo advierte del fatal ovillo,
Que á todos los demas, al oro puro
Y al rubi y al carbunclo excede en brillo.
Al verlo, alto deseo

De saber de quien es en su alma nace,
Y á su curioso afecto satisface
El Apóstol diciendo: « Esa que ansias
« Conocer, una vida es que principio
« Tendrá veinte años ántes del marcado
« Por M. y D. de la era del Mesías.
« Y, cual en esplendor se diferencia
« De los otros ese hilo, de igual modo
« Brillará esa existencia,
« Atónito dejando al orbe todo,
« Pues que en ella se aduna
« La virtud al saber y á la fortuna.

« Del rey soberbio de los rios miro
« Entre los brazos ignorada aldea,
« Cuyos muros rodea
« Por una parte el Po con sesgo giro,
« Y por otra un pantano. Humilde hoy día
« Atras de Italia á las demas ciudades
« Debe dejar en gloria y nombrada,
« No tanto por la alteza de sus muros,
« Cuanto por su saber y hábitos puros.
« Por recoger buen fruto con esmero
« Del campo arranca el labrador la zarza,
« Y el oro afina práctico joyero
« Cuando en él piedra de valor engarza.
« Obra pues del acaso no se crea
« De esta misera aldea
« La exaltacion inmensa y repentina;